

plaza pública para la edición del 1 de diciembre de 1992
% Cuatro años de reformas
% Desafíos del bienio frágil
miguel ángel granados chapa

El penalista Ricardo Franco Guzmán pidió al Presidente Salinas, al relatar el hecho insólito de apreciar desde Xochimilco los volcanes de Amecameca: "Créamelo, señor Presidente, pensé en usted: que Salinas es capaz de cambiar hasta el clima...". El maestro universitario lo dijo en una comida ofrecida por el Ejecutivo a cien personas que nacieron, vivieron o trabajan en el barrio capitalino de La Merced. Recojo el testimonio porque ilustra una opinión ampliamente esparcida sobre el carácter y el fruto del periodo presidencial que exactamente hoy llega a dos tercios de su duración.

Una intensa reforma ha sido, en efecto, el rasgo fundamental de la administración salinista. Trascendentales modificaciones a la Constitución fueron pieza clave de esa transformación, pero el cambio operado por acciones gubernamentales no se agota en enmiendas jurídicas: vivimos hoy un México inimaginable hace una década. Conviene preguntarnos sobre la índole del cambio y aventurar conjeturas sobre su destino.

La economía pública prácticamente ha desaparecido. Aun instituciones que parecieron configuradas para la eternidad, como la gestión estatal de los energéticos, están afectadas por formas y grados diversos de privatización. Hasta una función definitoria del Estado, como es la emisión de billetes, no se ejerce con estricta exclusividad. Las tarjetas de crédito responden como nunca a la definición clásica de los títulos crediticios: es dinero creado por los particulares.

El ardor privatitista ha concentrado la riqueza en un país que se caracterizaba ya por su pesada inequidad social. Para compensar ese efecto, y al mismo tiempo crear una imagen favorable al gobierno ante ciudadanos que resienten los rigores de la austeridad, se estableció el Programa Nacional de Solidaridad. Pero ha tenido un efecto contrario a su propósito: Había 17 millones de mexicanos en condiciones de pobreza extrema. Ahora son 18 millones, de creer a cifras ofrecidas por el Pronasol en Santiago de Chile, el 25 de noviembre, según lo reportó un despacho "de la corresponsalía" de La Jornada.

El combate a la inflación ha transformado a la economía. La informal ha crecido ostensiblemente por causas diversas, entre ellas el desempleo agudo e imparable, o la incapacidad para crear trabajo en la medida reclamada por la sociedad. Un sector moderno compite ventajosamente en el exterior y constituye el prámetero para medir al resto de las empresas.



plaza pública/2

Si muchas de ellas no se ajustan a las exigencias neoliberales, peor para ellas. Están condenadas a desaparecer, o a vegetar en medio de oportunidades decrecientes.

La tercera pieza clave del programa económico, la integración al globalismo sufre, y produce, tropiezos políticos y económicos. La guerra comercial entre Estados Unidos y Europa es una sombra ominosa, capaz de diluir cualquier entusiasmo sobre el libre mercado mundial. Y aun si las fronteras abiertas fueran realidad plena, la capacidad de absorción de productos mexicanos en el exterior se enfrenta al hecho irrefragable de la recesión, reptante en todas partes.

No todo ha quedado vuelto al revés. Subsisten intactos en su estructura, aunque hayan revestido su ornamento, el presidencialismo y la costumbre electoral insana. Verdadera Supernova de nuestra constelación política, la institución presidencial opaca y avasalla a toda otra. No requiere hacerlo de modo violento. Simplemente su capacidad operativa para regular los flujos de la vida pública le permiten un poder sobredeterminante, taumatúrgico. Su poder alcanza a imprimir sellos cambiantes al fenómeno electoral: en Guanajuato, San Luis Potosí y Michoacán, se pasó por encima de la legalidad proclamada para atender la realidad política, mientras que el descontento priísta por esa actitud forzó en Puebla, Sinaloa y Tamaulipas un recrudescimiento de las viejas prácticas electorales amañadas y tramposas.

Precisamente la dependencia que la vida pública manifiesta respecto de la figura presidencial hace prever que la duración del activismo reformista vigente se extienda sólo, si acaso, a los dos próximos años. Factores internos y externos obrarán en sentido contrario al proyecto concebido por el salinismo no hace cuatro años, que hoy se cumplen, sino desde la campaña presidencial de 1981-82.

Cajón de sastre

Manuel Rodríguez Lapuente preside, desde el sábado 28 de noviembre, el comité estatal jalisciense del Partido de la Revolución Democrática. Con breve diferencia, su candidatura alcanzó mayor apoyo que la de Gilberto Parra, ex presidente de la Federación de Estudiantes de Guadalajara y ex líder del Partido Mexicano de los Trabajadores en Jalisco. No obstante la apretada votación, el comité perredista en aquella entidad podrá regir sobre un partido que se esfuerza en consolidar y mantener la unidad, difícil logro en otras entidades, dentro de la misma agrupación. Ya esa circunstancia ~~haría~~ singularizaría el proceso del PRD en Jalisco. Pero le confiere un sello más peculiar aún la personalidad del nuevo líder. Nacido en Teziutlán, Puebla, Rodríguez Lapuente se hizo abogado después de ser panista. Es decir, militó desde muy joven en Acción Nacional, y dirigió su sector juvenil. Militante en los tiempos heroídos, cuando se padecían persecuciones y cárcel --como ahora en Tamaulipas, por lo menos--, Rodríguez Lapuente figuró entre los principales promoventes de un Movimiento Social Demócrata Cristiano que sustentó el conservadurismo panista. Luego del fracaso de la opción democristiana, Rodríguez Lapuente se hizo notable profesor en la Universidad de Guadalajara, cuyos Instituto de Estudios Sociales y Facultad de Filosofía y Letras llegaría a dirigir. El segmento más sólido del antiguo Partido Comunista ha sido, ahora, el origen y fundamento de su candidatura triunfadora.

muchacho

de este respetado y respetable profesor.

Ciencias

10-Dic-92

Miguel Angel Granados Chapa

El penalista Ricardo Franco Guzmán pidió al presidente Salinas, al relatar el hecho insólito de apreciar desde Xochimilco los volcanes de Amecameca: "Crémelo, señor Presidente, pensé en usted: que Salinas es capaz de cambiar hasta el clima...". El maestro universitario lo dijo en una comida ofrecida por el Ejecutivo a 100 personas que nacieron, vivieron o trabajan en el barrio capitalino de La Merced. Recojo el testimonio porque ilustra una opinión ampliamente compartida sobre el carácter y el fruto del periodo presidencial que exactamente hoy llega a dos tercios de su duración.

Una intensa reforma ha sido, en efecto, el rasgo fundamental de la administración salinista. Trascendentales modificaciones a la Constitución fueron pieza clave de esa transformación, pero el cambio operado por acciones gubernamentales no se agota en enmiendas jurídicas; vivimos hoy un México inimaginable hace una década. Conviene preguntarnos sobre la índole del cambio y aventurar conjeturas sobre su destino.

La economía pública prácticamente ha desaparecido. Aun instituciones que parecieron configuradas para la eternidad, como la gestión estatal de los energéticos, están afectadas por formas y grados diversos de privatización. Hasta una función definitoria del Estado, como es la emisión de billetes, no se ejerce con estricta exclusividad. Las tarjetas de crédito responden como nunca a la definición clásica de los títulos crediticios: es dinero creado por los particulares.

El ardor privatitista ha concentrado la riqueza en un país que se caracterizaba ya por su pesada inequidad social. Para compensar ese efecto, y al mismo tiempo crear una imagen favorable al gobierno ante ciudadanos que resienten los rigores de la austeridad, se estableció el Programa Nacional de Solidaridad. Pero ha tenido un efecto contrario a su propósito: Había 17 millones de mexicanos en condiciones de pobreza extrema. Ahora son 18 millones, de creer a cifras ofrecidas por el Pronasol en Santiago de Chile, el 25 de noviembre, según lo reportó un despacho "de la corresponsalía" de *La Jornada*.

El combate a la inflación ha transformado a la economía. La informal ha crecido ostensiblemente por causas diversas, entre ellas el desempleo agudo e imparable, o la incapacidad para crear trabajo en la medida reclamada por la sociedad. Un sector moderno compite ventajosamente en el exterior y constituye el parámetro para medir al resto de las empresas.

Si muchas de ellas nos se ajustan a las exigencias neoliberales, peor para ellas. Están condenadas a desaparecer o a vegetar, en medio de oportunidades decrecientes.

La tercera pieza clave del programa económico, la integración al globalismo sufre, y produce, tropiezos políticos y económicos. La guerra comercial entre Estados Unidos y Europa es una sombra ominosa, capaz de diluir cualquier entusiasmo sobre el libre mercado mundial. Y aun si las fronteras abiertas fueran re-

alidad plena, la capacidad de absorción de productos mexicanos en el exterior se enfrenta a la recesión, reptante en todas partes.

No todo ha quedado vuelto al revés. Subsisten intactos en su estructura, aunque hayan revestido su ornamento, el presidencialismo y la costumbre electoral insana. Verdadera supernova de nuestra constelación política, la institución presidencial opaca y avasalla a toda otra. No requiere hacerlo de modo violento. Simplemente su capacidad operativa para regular los flujos de la vida pública le permiten un poder sobredeterminante, taumatúrgico. su poder alcanza a imprimir sellos cambiantes al fenómeno electoral: en Guanajuato, San Luis Potosí y Michoacán se pasó por encima de la legalidad proclamada para atender la realidad política, mientras que el descontento priista por esa actitud forzó en Puebla, Sinaloa y Tamaulipas un recrudescimiento de las viejas prácticas electorales amañadas y tramposas.

Precisamente la dependencia que la vida pública manifiesta respecto de la figura presidencial hace prever que la duración del activismo reformista vigente se extienda sólo, si acaso, a los dos próximos años. Factores internos y externos obrarán en sentido contrario al proyecto concebido por el salinismo no hace cuatro años, que hoy se cumplen, sino desde la campaña presidencial de 1981-82.

Cajón de Sastre

Manuel Rodríguez Lapuente preside, desde el sábado 28 de noviembre, el comité estatal jalisciense del Partido de la Revolución Democrática. Con breve diferencia, su candidatura alcanzó mayor apoyo que la de Gilberto Parra, expresidente de la Federación de Estudiantes de Guadalajara y exlíder del Partido Mexicano de los Trabajadores en Jalisco. No obstante la apretada votación, el comité perredista en aquella entidad podrá regir sobre un partido que se esfuerza en consolidar y mantener la unidad, difícil logro en otras entidades, dentro de la misma agrupación. Ya esa circunstancia singularizaría el proceso del PRD en Jalisco. Pero le confiere un sello más peculiar aún la personalidad del nuevo líder. Nacido en Teziutlán, Puebla, Rodríguez Lapuente se hizo abogado después de ser panista. Es decir, militó desde muchacho en Acción Nacional y dirigió su sector juvenil. Militante en los tiempos heroicos, cuando se padecían persecuciones y cárcel como ahora en Tamaulipas, por lo menos-, Rodríguez Lapuente figuró entre los principales promotores de un Movimiento Social Demócrata Cristiano que sustituyera al conservadurismo panista. Luego del fracaso de la opción democristiana, Rodríguez Lapuente se hizo notable profesor en la Universidad de Guadalajara, cuyos Instituto de Ciencias Sociales y Facultad de Filosofía y Letras llegaría a dirigir. El segmento más sólido del antiguo Partido Comunista ha sido, ahora, el origen y fundamento de la candidatura triunfadora de este respetado y respetable profesor.